

# METATRÓN

EL CAMINO A LA  
SABIDURÍA CÓSMICA

ARANTZA IBARRA BASÁÑEZ

## 1. MI COSMOS

**T**ú sabes cómo es mi cosmos. Todos estamos conectados a él. Yo también sé cómo es el tuyo. Te siento y te veo. ¿Has olvidado cómo sentirlo? No creo que eso sea posible; quizá aún no sepas traducirlo o transportarlo a tu frecuencia, pero siempre hay tiempo para recordar cómo hacerlo.

Nuestro ser cosecha muchísimas experiencias de la infinidad de posibilidades del Universo. Todas ellas entretajadas las unas con las otras... retroalimentándose y moviéndose al son de la gran Conciencia.

¿Quién es esa Conciencia divina? ¿Realmente existe solo una? ¿Todos formamos parte de ella? Diosa, Dios, Conciencia cósmica, Universo, el Todo... Hay tantos nombres que se pueden utilizar para referirse a ella que da igual qué terminología se use. Lo que realmente trasciende es el amor y la conexión, la paz y la armonía que uno siente al fusionarse con ella.

Los últimos años me han hecho ampliar mi visión. Ya no solo siento que todos y toda la creación del Universo somos uno. Ahora siento a la Madre o Padre que nos ha dado la vida eterna. Esa Madre cósmica que ha dado su chispa a cada uno de los seres que habitan el Cosmos. Una llama divina que impulsa a la transmutación constante para que reine la armonía.

La magia existe... es algo obvio para nuestra alma, pero el punto de vista se opaca cuando nuestra mente es la que razona.

Me centraré en esa pequeña parte desconocida y a la vez inmensa, eterna y extraordinaria que es nuestra energía. Ella me hace ser más consciente de la fuerza que nos engloba y une. Su vibración te sacude y te hace no estancarte en el proceso evolutivo. Una vez que trabajas con ella y le prestas atención, el Universo empieza a mostrarte un sendero de puertas y planos dimensionales.

Los que me conocen saben de mi conexión con otras dimensiones y los seres de luz. Tengo que admitirlo... me llama y me motiva encontrarme con mi luz. Algunas veces es muy pequeña y otras en cambio deslumbra solo con mirarla. Me fascina saber y conseguir verla, sentirla, mimarla, disfrutarla. En ocasiones, el cuerpo, denso y pesado, oculta su luz y solo te muestra la materia negra que habita en él. Sí, mi cosmos está lleno de esa energía oscura. Forma parte de él y sin ella no existiría.

Cuando me comentan la suerte que tengo de poder conectar con frecuencias altas y luminosas parece que solo me comunico con el amor o la luz, pero no es así. Ha habido muchas sombras en este camino... y todavía las sigue habiendo. Las emociones siguen apareciendo; algunas hasta se hacen extrañamente conocidas... Otras en cambio, estoy contenta de no reconocerlas ya.

La experiencia y la evolución ponen mucha distancia. Llámale tiempo o lo que te haga sentir más cómodo... Al fin y al cabo todos estamos unidos en la misma causalidad; da

igual el nombre que le pongamos. Simplemente escucha y siente lo que te remueve. Quizá solo sea una sencilla emoción o, si te atreves a explorar, incluso un recuerdo de una vida pasada.

Intuyo, luego conecto. Creo, luego proyecto. Atrás quedó nuestro aprendizaje desde la mente. Ya es hora de seguir avanzando. No hay que ir muy lejos; solo hay que entrar dentro de uno mismo. Nos queda mucho camino por recorrer, por indagar, por perdonar y por aceptar.

Lo que hay que hacer con las sombras es no darles la espalda y hacer las paces con ellas... Son parte de tu cosmos, de tu Yo y del Todo... Si no atraviesas ese pozo, raramente podrás enfrentarte a ellas para reconocerlas y transformarlas.

Gracias a los cambios que se avecinaron en el año 2012, el arcángel Metatrón se hizo más perceptible para muchos de nosotros. Mi conexión con él fue creciendo en toda esa transición en la que nuestro planeta se iba adaptando a la nueva era de Acuario. Una gran transformación para toda la humanidad, para toda la Tierra, que hemos vivido todos a raíz de la gran entrada de Gaia en el año 2020, la nueva era astral.

Hoy en día Metatrón sigue siendo mi gran faro, al que escucho y siento con todo mi ser. Un guía para atravesar esas oscuridades y buscar la luz... A él sigo y gracias a él intento no distraerme por el camino. A través de él he aprendido a confiar en el proceso, a acercarme a las dimensiones más elevadas y así conectar directamente con la gran Conciencia cósmica o Dios.



## 2. LA PUERTA

Qué importante es prestar atención a las pequeñas señales. La mayoría de las veces pasan delante de nuestras narices sin que seamos conscientes de ello.

Ahora, intentando rebobinar todo lo que sucedió hace unos cinco años, me doy cuenta de que todo comenzó el día en el que puse un pie por primera vez en aquel pueblo.

Jesús, uno de mis mejores amigos, me animó a ir a una casa rural con mi pareja. Según él merecía la pena, así que no dudé ni un segundo en reservar un fin de semana porque él conocía mis gustos a la perfección.

Llegó el día. Tanto Perceval (así llamo yo al pueblo) como la casa rural se encontraban perdidos en lo alto de una montaña. El camino para llegar allí no era cómodo, pero un poco de aventura para empezar el fin de semana le daba un punto de emoción.

Me acuerdo de que el entorno nos pareció precioso, incluso diría que misterioso por lo recóndito y solitario que era aquel lugar. A todo eso empezaron a sumarse las fábulas que escuchamos acerca del sitio. La que más me atrajo fue una que hablaba de una gran pirámide que estaba oculta bajo uno de los montes que rodeaban el lugar. ¿Una pirámide? ¿Igual que las de Egipto, esas que esconden grandes secretos?

No podía dejar de mirar ese monte tan enigmático que estaba delante de mí. Verdaderamente tenía forma de pirámide y energéticamente tenía mucho poder, pero no solo era la pirámide la que guardaba esa fuerza. Todo allí estaba impregnado de una gran potencia que no era visible para el ojo humano.

Pasaron pocos meses cuando el destino quiso que volviera a ese pueblo que me había atrapado.

A través de un amigo, Simón, preparamos una excursión para pasar la tarde-noche junto a varias personas que todavía no conocía.

Por una parte estaba Delma, que era una señora de mediana edad, sabia, tranquila, bohemia y solitaria, que vivía allí. Por otro lado estaba Jon, de unos treinta y muchos años, que estaba enamorado de aquel lugar. Con este último conecté desde el primer momento. Tenía una manera de ver la vida parecida a la mía con respecto a las energías y el más allá.

En la primera charla que tuvimos, Jon tenía curiosidad por conocer mi impresión sobre la iglesia que allí había.

Curiosamente no había entrado en ella, solo a la ermita, pero Delma me sorprendió cuando me dijo:

–Tengo la llave de la iglesia. ¿Queréis entrar?

–¿No será tarde? –pregunté deslumbrada y a la vez desconcertada por la hora que era.

–No. Podemos entrar sin problema –me contestó Delma con firmeza.

Se había hecho de noche pero todo me parecía tan mágico que me dejé llevar por la situación y por aquellas personas.

La iglesia estaba en lo alto de Perceval y no había mucha luz para ver el camino. Nos ayudamos con las linternas de los móviles. Aun así yo no dejaba de tropezarme con las piedras que me iba encontrando. En cambio, Delma iba tranquilamente, sin necesidad de que nada le alumbrara el camino. Se notaba que estaba habituada a subir y bajar por todo el pueblo de noche.

Una vez llegamos al mirador, la luz de la luna nos deslumbró de una manera tan fantástica que todos nos quedamos embriagados por la energía que nos envolvía. Enseguida me di cuenta de que la iglesia estaba milimétricamente edificada pensando en aquella luz. El efecto era verdaderamente mágico.

Delma abrió la puerta de la iglesia y entramos dentro.

La reacción de cada uno fue diferente. Simón y Delma estaban acostumbrados a verla y salieron fuera a fumar un cigarrillo. Jon permanecía con los ojos cerrados, sintiendo aquel sitio y yo disfrutaba del momento. Seguía sin creer que pudiera estar a solas y de noche en una iglesia, hasta que Jon me propuso algo.

–¿Te puedo pedir una cosa? –me preguntó en voz baja y emocionado.

–Claro –le contesté extrañada.

–He sentido que tenía que poner mis manos encima de tu cabeza.

La verdad es que no estaba acostumbrada a hacer esas cosas, y menos con alguien que había conocido ese mismo día, pero tenía curiosidad por saber qué pasaría.

Jon puso sus manos alrededor de mi cabeza y cerró los ojos. Yo también me dejé llevar haciendo lo mismo. Notaba una gran fuerza en la coronilla y sentía una energía que entraba dentro de mi cabeza. Al abrir los ojos vi la imagen de mi abuela materna, cuando era joven, en el suelo. Pensé: «¿Por qué me ha venido esta imagen?».

Unos minutos después, Jon me dijo que había sentido que yo iba a perder o había perdido un hijo.

—No tengo hijos —le contesté rápidamente. Acto seguido recordé la imagen que había visto y quise contarle más cosas.

Mi abuela había perdido un hijo de cuatro años y mi madre también perdió a mi hermano cuando tenía cuatro años. Era una cosa extraña ver la similitud de ambas situaciones y cómo de repente salía todo en la iglesia. Algo me querían decir, pero parece que todavía no estaba preparada para saberlo.

A continuación percibí una energía que me llevaba a la zona del altar y, sin razonar, fui allí y cerré los ojos. Una fuerza inmensa me estaba guiando. Enseguida empecé a ver en mi frente (en el lugar que llaman el tercer ojo) un escudo grande de fuego que no paraba de absorber bebés y bebés. Iban desapareciendo en el abismo. Al abrir los ojos miré hacia fuera por la puerta y vi cómo la luna iluminaba una cruz de piedra donde se encontraban todos.

Al salir escuché a Jon y a Delma hablar de una puerta. No sabía a cuál se referían, pero no le di importancia hasta que les oí hablar de unos bebés y niños que seguían allí. ¿El espíritu de unos bebés? ¿Era casualidad que justo en el lugar



donde me había guiado la luz hubiera visto a un centenar de bebés caer en el abismo?

Me impactó muchísimo ver la cara de Delma cuando les conté lo que vi. No daba crédito a lo que estaba pasando. Jon no paraba de decirle: «Te lo decía. Hay que abrir la puerta». Yo seguía sin entender nada, hasta que ella misma me lo contó:

—Al parecer hace muchos años, como castigo, enterraron a una cantidad de bebés detrás de ese muro. No estaban bautizados y no podían estar con el resto. Por eso Jon estaba empeñado en abrir la puerta en el muro, para que así tuvieran entrada al pueblo, al mirador, y por supuesto a la iglesia.

Sinceramente yo no entendía qué tenía que ver abrir una puerta físicamente con ayudar a esos espíritus, pero como no tenía mucha información sobre la interacción con ellos me dejé llevar.

Mi intuición me decía que había algo en ese muro al que me había dirigido la luz a lo que había que hacer caso. Y lo que pedía Jon podía tener su lógica. Las piedras parecía que estaban cerrando el paso por la otra parte.

Detrás del muro de piedras estaba la montaña y no se veía nada más, aunque Delma nos contó que mucho tiempo atrás allí existió un castillo. A mí me maravillan las historias que tienen que ver con castillos y eso despertó mi curiosidad.

Ese día me costó dormirme. Estaba muy agitada y me venían a la cabeza muchas imágenes de todo lo vivido. Algo en mí se había despertado y tenía la sensación de que tenía que reunirme más veces con Jon para saber hasta dónde me llevaría todo aquello.

Entre nosotros surgió una gran amistad, que fue creciendo hasta el punto de contarnos todo lo que hasta ese momento no nos habíamos atrevido a compartir con otras personas. Era como si nos conociéramos desde siempre.

Delma también estuvo muy revuelta con el tema y no tardó en conseguir unos permisos y unos trabajadores para abrir la puerta en el muro. Yo la conocía poco, pero había algo que me decía que ella podía conseguir todo lo que se propusiera.

A Jon y a mí nos emocionó mucho porque nos habíamos convertido en promotores de la iniciativa. Contamos las horas hasta que por fin llegó el día.

Esa mañana amanecí con mucha energía. Estaba deseando vivir la experiencia que nos esperaba. Me acuerdo como si fuera hoy de lo primero que vi en el espejo al salir de la ducha. Estaba secándome el pelo cuando el vaho y el aire crearon en él una palabra. Se leía perfectamente «doors» en inglés. Pero ¿qué querría decir eso? Me pareció fascinante que ese mismo día hubiéramos quedado para abrir una puerta y que en mi baño apareciera la palabra «puertas». Ahora la única duda que tenía era por qué salía en plural. Era una puerta la que teníamos que abrir y no dos o más. No le di más vueltas y quedé con Jon para ir con él en coche.

Los obreros y Delma estaban ya en el mirador de Perceval esperándonos. Se notaba que estaban nerviosos por lo que íbamos a hacer. Se habían equipado con todo lo necesario para no correr ningún riesgo y enseguida se pusieron manos a la obra. Eso sí, antes de nada, a modo de ritual, Jon puso unas velas para darle a la ocasión el valor que merecía.

Las primeras piedras costó sacarlas. Llevaban mucho tiempo ahí; menos mal que el dintel lo sujetaron bien con unos barrotes para que no se les cayera encima. Aun así estaban protegidos con cascos porque había algunos trozos de piedra que se derrumbaban cuando menos lo esperabas.

Me di cuenta rápidamente de que iba a costar y no dudé en aprovechar el momento para ir de nuevo a la iglesia.

Una vez dentro, cerré los ojos y me dejé llevar por la energía que allí había. Noté la presencia de una fuerza que atravesaba mi chakra corona y pude ver la imagen de una gran pasarela escondida debajo de aquel lugar. Parecía una película medieval en la que los guerreros construían túneles subterráneos para poder refugiarse o escapar.

Salí de la iglesia y vi que estaban a punto de pasar al otro lado del muro. Jon estaba esperándome para ir con ellos. Con mucho cuidado atravesamos el muro por la puerta que habían abierto y nos encontramos con una escalinata tapada por el paso del tiempo que llevaba a otro habitáculo amurallado.

–Hay otra puerta –gritó Delma desde abajo.

Jon me miró con complicidad porque le había contado lo que había visto por la mañana en el espejo.

Los obreros empezaron a recoger y limpiar las piedras para que tuviéramos mejor paso y, cuando llegamos a la segunda puerta, Jon enseguida sintió que ese habitáculo era donde estaban los espíritus.

Se quedó a solas con ellos y los demás volvimos al mirador para observar cómo estaba quedando todo.